

La paradoja

del desarrollo social sustentable en la periferia

CARLOS MALLORQUÍN

10

El artículo realiza un breve examen de la cuestión social en América Latina mediante la descripción de aquellos aspectos que determinan la percepción, de ciertos sectores sociales, de no pertenecer al conglomerado societario, así como de la violencia en general, especialmente contra las mujeres. Asimismo, hace una breve incursión en la problemática ambiental y ecológica con énfasis en la inevitable necesidad de seguir impulsando el desarrollo, a pesar de ciertas consecuencias nocivas para el futuro del centro como de la periferia.



INTRODUCCIÓN

La periferia, especialmente la región latinoamericana, no vive tiempos normales, si alguna vez los tuvo. Por ello, la discusión sobre el desarrollo, inclusive en términos abstractos, y más de la «sustentabilidad del desarrollo social», requiere nuevos términos de referencia. Esto puede deducirse del breve bosquejo de algunas cuestiones sociales y de las complicadas reformas requeridas para repensar la problemática. Las asimetrías de poder, que determinaron la evolución de las relaciones sociales y sus condiciones de existencia, han generado cierta percepción en algunos sectores de la sociedad de no «pertener» a la misma, ampliando a su vez la discriminación y la exclusión.¹ Le sigue una breve discusión/descripción del vocabulario que dio forma, en los últimos cincuenta años, a la manera en que se pensó el proceso de evolución/desarrollo en la región. Esta reflexión puede ayudarnos a resolver y confrontar las paradojas que debemos enfrentar una vez que hemos decidido que el mundo requiere más, y no menos, desarrollo. El desarrollo incorpora y «supera» el crecimiento, lo cual significa que se requiere una tasa de crecimiento mínima anual de la «economía», tanto en el centro como en la periferia. El desarrollo social sustentable supone una transformación y organización cualitativa, especialmente de la economía que cambia las formas de posesión y separa las unidades productivas entre sí. Es importante señalar que aquí se utiliza «sustentabilidad» y «sostenibilidad» como sinónimos.² Obviamente, la paradoja estriba en que «crecimiento» y desarrollo supone, en parte, la «destrucción» o «transformación» de ciertos recursos renovables y no renovables (y por tanto sus condiciones de existencia), lo cual dificulta pensar la sustentabilidad de la estrategia elegida a corto y largo plazo: problemática eminentemente política, mas no «técnica».

UN DIAGNÓSTICO RUDIMENTARIO

La especie humana es producto de pulsiones «agresivas» que debe distinguirse de la violencia y su papel en la historia. El «organismo responde»³ agresivamente durante su proceso de adaptación al medio ambiente. La institucionalización del comportamiento agresivo es crucial para establecer una estrategia de sustentabilidad social a largo plazo. La violencia, sea organizada o no, puede ser un fenómeno social o comunitario (fuera de la familia, grupos, organizaciones) o un evento individual, como el suicidio. También podemos pensar una violencia en términos de sus víctimas (mujeres, niños, tercera edad) o del lugar donde sucede (escuela, casa, trabajo, calle).⁴

El «crimen organizado» o violencia estatal puede considerarse un fenómeno social-colectivo que se transforma en algo necesariamente político: guerra, choques entre sectores sociales. Algunos argumentan que la «violencia» forma parte de la «lucha por el poder».⁵ También la violencia puede surgir por motivos de lucro: «protección» de ciertas organizaciones o redes de tráfico de drogas, que son un fenómeno social planeado, en contraste con algunos crímenes aleatorios, robos y violencia física.

Pero tal vez estamos ante un cambio sustancial del Estado y su monopolio legítimo del ejercicio de la violencia. Su estructura institucional débil en la periferia no es una noción controversial. En las dos últimas décadas, la violencia y la criminalidad han proliferado en muchas regiones,⁶ y la mayoría de las «guerras» son un evento «interno», y no entre sociedades.⁷

En 2000, 520 mil personas fueron «víctimas de homicidios». En el Caribe, la tasa se incrementó dramáticamente, «30 homicidios por cada 100 mil habitantes», siendo el promedio en América Latina de «26 y de 22 en Centro América».⁸

La respuesta gubernamental en sus políticas públicas fue profesionalizar las fuerzas del orden,⁹ en algunos casos con cierta creatividad, pero en general respondieron a la violencia con más violencia. La inequidad y la pobreza tienen algo que ver con un medio ambiente violento, pero no es la única causa del incremento de la tasa criminal. Existen causas propiciatorias como alcohol y drogas, y elementos que dan forma a la dialéctica de inequidad: tasas de urbanización y «desempleo» (especialmente el juvenil), «corrupción».¹⁰

Las actividades del tráfico de drogas intensifican esta tendencia. Algunos gobiernos han aceptado que han perdido el control de ciertas zonas geográficas bajo el crimen organizado. El mercado es transnacional y el Fondo Monetario Internacional (FMI) ha calculado que el «comercio» en cuestión oscila entre quinientos mil millones y un millón quinientos mil millones de dólares. Y, sin embargo, existe poca regulación o control entre distintos países.¹¹ El crimen organizado funciona con metas a corto y largo plazo, con medios sofisticados. Es un crimen transnacional¹² que cuestionan la soberanía y las fronteras entre países.

El otro ámbito del medio ambiente que limita cualquier estrategia de desarrollo sustentable es la violencia sistemática contra las mujeres. El hogar se ha convertido en un lugar peligroso para mujeres, niños y jóvenes,¹³ aunque éstos últimos puedan retirarse a las calles. La «invisibilidad» de la mujer y los niños forma parte de la estructura administrativa estatal.¹⁴ Para Mayra Buvinic,¹⁵ el análisis de Guatemala demuestra que la «inequidad está altamente correlacionada con la violencia» en el hogar. La violencia doméstica limita cualquier proyecto de desarrollo y genera costos elevados para su «administración». Ello explica la percepción y el sentimiento de exclusión de la población, así como la discriminación sin expectativas de solidaridad entre vecinos.¹⁶ El fenómeno se refleja en una reducida tolerancia del «otro» por ciertos sectores sociales y la ausencia de deseo de participación social o metas en común a consecuencia de una cultura muy individualizada.¹⁷

A su vez, el «crecimiento» de la región de las dos últimas décadas, no obstante haber superado la tasa observada en la década «perdida» de los ochenta,¹⁸ deja mucho que desear y con mínimas transformaciones en la distribución funcional del ingreso. En contraste con los países de la Organización para la Cooperación y Desarrollo Económicos (OCDE), encontramos una alta concentración geográfica—espacial, económica y poblacional, o sea, graves disparidades territoriales (PIB, cápita territorial). Casi 88% de la población de la zona Amazonia y de los Andes presenta enormes déficits en recursos básicos: acceso al agua, materiales de construcción, instituciones de educación; en México y Centro América, las desigualdades geográficas se presentan especialmente en las zonas mayoritariamente ocupadas por poblaciones indígenas.¹⁹ Las desigualdades y las disparidades mencionadas se reproducen dentro de las ciudades y sus periferias.

CRECIMIENTO, DESARROLLO Y SUSTENTABILIDAD SOCIAL

En el principio era el «verbo». El 20 de enero de 1949, los países de la región latinoamericana fueron ubicados entre las «áreas subdesarrolladas» por Harry S. Truman²⁰ en su discurso inaugural como presidente estadounidense, y promete ayuda. Unos meses después aparece el informe de Raúl Prebisch (1949)²¹ a la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL): *El desarrollo económico de la América Latina y algunos de sus principales problemas*, donde se destaca la evolución del *crecimiento y desarrollo* de la «periferia»²² y su relación con la del «centro» industrial.

El *desarrollo* es una construcción posterior a la Segunda Guerra Mundial. Previamente, antes de la Primera Guerra Mundial, dominaba por doquier el discurso económico y social anglosajón o eurocéntrico y teleológico sin ambages cuando hacía referencia a las «zonas atrasadas», un «futuro anterior».²³ Además, Arndt²⁴ señala que el *desarrollo económico*, para dichas áreas, se observaba en términos de «abrir», «explorar» y «explotar los recursos naturales». Esas nociones difícilmente pueden hacerse compatibles con «el bienestar de la población» y «crecimiento per cápita» generados entre 1930 y 1940 con la construcción de las cuentas nacionales de ingreso y los modelos keynesianos macroeconómicos. Por lo tanto, Heilbroner,²⁵ Love²⁶ y Arndt²⁷ han insistido que antes de la Segunda Guerra Mundial lo poco que se escribía sobre las «zonas atrasadas» suponía una «etapa» en transición hacia una economía «industrial».

La CEPAL, bajo el liderazgo de Prebisch, logró concentrar una serie de teóricos dedicados a la problemática del *desarrollo* en la década de los cincuenta. Cuestionaron la antigua tradición del papel de la periferia como productor de bienes primarios, insistiendo en la transformación de la economía por medio de una serie de reformas estructurales: agraria, fiscal, industrialización de

ciertos sectores y la integración regional. En la CEPAL, mientras estaba en proceso la reconstrucción y la deconstrucción teórica de las ciencias sociales eurocéntricas, el desarrollo presentaba una paradoja: tasas de crecimiento de 5 y 7% anual, impulsadas por estrategias *hacia adentro*,²⁸ no habían reducido las desigualdades del ingreso sectoriales y geográficas entre 1950 y 1970. El aspecto heterogéneo de la economía no desaparecía y terminará en convertirse en la base para reflexionar sobre su naturaleza relativa en distintas configuraciones económicas. Esencialmente, la heterogeneidad es consecuencia de las relaciones de poder asimétricas entre las unidades de producción, sectores, geografías y naciones: no se trataba de un fenómeno «tecnológico». En otras palabras, se refiere a las variadas formas de «posesión en separación» por las unidades productivas y algunas de sus condiciones de existencia.

Por lo tanto, el mercado hace referencia a la desarticulación entre sí de las unidades de producción, bajo ciertos mecanismos institucionales que requieren transformación a través de medios políticos/legales.²⁹ Por tanto, el *crecimiento* se diferencia del *desarrollo*³⁰ cuando surgen nuevas formas de organizar las unidades productivas entre sí, ampliando el radio de acción de la economía e incorporando una mayor proporción de fuerza de trabajo a los circuitos productivos. No se trata simplemente de ampliar la razón producto/capital. El otro aspecto del *desarrollo* es la naturaleza de las políticas para reducir «brechas» de ingresos entre los diversos sectores sociales y ramas productivas. Tampoco se trataba de alcanzar (*catching up*) ritmos y patrones de trabajo de las economías desarrolladas. Se trata de nivelar las condiciones políticas para defender cierto niveles de ingreso/precios a través de la democratización en la toma de decisiones y la inversión pública o privada.

Sin duda alguna, las largas batallas teóricas de los estructuralistas latinoamericanos, en la década de los cincuenta y sesenta, contra el discurso hegemónico del Fondo

Monetario Internacional (FMI) y las academias ortodoxas anglosajonas, no dieron mucho tiempo para examinar las repercusiones de sus políticas en el medio ambiente.

Sin embargo, son precisamente las nociones socioeconómicas de la concepción estructuralista las que facilitan «superar» las críticas de la ecología al discurso económico y al discurso neoclásico en particular: no defienden noción alguna de «equilibrio» en general; ciertas estabildades de la economía son contingentes, producto de acuerdos institucionales, dentro de un contexto de poderes asimétricos entre/dentro de las unidades productivas. Por lo tanto, los agentes y sus cálculos no tienen condiciones de existencia generales, en un mundo heterogéneo, el tiempo y la tecnología están sujetos a perspectivas diferentes. O sea, el *homo economicus* del *mainstream* en economía está fuera de lugar y la concepción estructuralista se acerca a lo que algunos han llamado una *racionalidad acotada*. Por lo mismo, no existe una unidad necesaria entre las relaciones sociales y las fuerzas de producción. El Estado adquiere un papel importante en la explicación de la institucionalización del mercado y también como agente del mismo proceso de producción y circulación económica. Articula y (de) construye zonas y unidades productivas entre sí.

La propia división de lo físico con lo institucional, lo natural y lo social, en muchas discusiones sobre las estrategias del desarrollo sustentable posible, adquieren un lugar prominente en la concepción estructuralista debido a que los *centros de decisión* ocupan un lugar importante para entender los mecanismos y condiciones de existencia de los agentes en pugna por la asignación de inversión y de recursos.

Existe una extraña similitud con el «institucionalismo político» de Kapp,³¹ también con la noción de *causalidad circular acumulativa* y *sistema*: «el concepto formal de sistema adquiere sentido y contenido solamente haciendo explícito las características de formas específicas de asociación establecidas».³²

Esta perspectiva, en contraste con otros tipos de *enfoques sistémicos abiertos*, va más allá del uso metafórico del sistema automático de retroalimentación entre y dentro de los sistemas y sus límites. Por ejemplo, Gallopin acepta que todos los *seres vivos* cambian, pero de lo que se trata es de eludir/destruir las «fuentes de renovación».³³ Igualmente, supone que el desarrollo sustentable puede sostenerse si tomamos en cuenta las necesidades a corto y largo plazo, sin «comprometer la capacidad de las generaciones futuras».³⁴ Y si bien intenta distanciarse de las tradiciones *eco-céntricas* introduciendo algo que llama *social* en su modelo del *enfoque de sistema*,³⁵ la idea de que *sistemas abiertos* y el *medio ambiente*, insumos/productos, subsistemas o *elementos*,³⁶ pueden elaborarse en términos abstractos e independientemente de la materia en cuestión (que reconoce explícitamente), deja fuera precisamente la discusión sobre la lógica y la dirección que toman los agentes, así como los insumos/productos, es decir, «las decisiones políticas».

Igualmente, la detallada crítica a los enfoques *eco-céntricos* y *ecológicos* sobre el desarrollo sustentable, por autores de tradición marxista,³⁷ es bienvenida; sin embargo, de manera inversa respecto Gallopin, la encontramos problemática, ya que en este caso lo «social» se postula en anticipación: «el capitalismo», totalidad unificada con su propio régimen, leyes y condiciones de existencia generales, prácticamente libre de las contingencias del «tiempo». La «lucha de clases» aparece como el mecanismo encargado de dirigir el proceso, sin tomar en cuenta las especificaciones geográficas e históricas.

Finalmente, para recuperar una estrategia viable para el desarrollo social sustentable, el estructuralismo, por su parte, tendrá que repensar las estrategias económicas haciendo a un lado algunas exageraciones *Estado-céntricas* de su perspectiva, incorporando aquellos aspectos del desarrollo que pueden decirse movimientos «desde abajo hacia arriba», o «ciudadanizar» el desarrollo. Lo cual no garantiza un desarrollo social sustentable, pero involucra y responsabiliza a la sociedad civil en las decisiones claves sobre las secuelas de ciertas políticas económicas.



- 1 Comisión Económica para América Latina, CEPAL (2007), *Cohesión Social*, Chile.
- 2 En cierto sentido quiero radicalizar la propuesta de Gallopin. Dice que «El concepto de desarrollo sostenible es muy distinto del de sostenibilidad», pero entonces tomaría más en serio lo que menciona sobre el término «desarrollo»: «apunta claramente a la idea de cambio, cambio gradual y direccional». Guillermo Gallopin, *Sustentabilidad y desarrollo sostenible: un enfoque sistémico*, Chile, CEPAL, 2003, p. 21.
- 3 José Luis Cortés, «La evolución de la violencia. De la evolución de la violencia a la violencia en la evolución» en José Sanmartín Esplugues, Raúl Gutiérrez Lombardo, Jorge Martínez Contreras, José Luis Vera Cortes, (coordinadores), *Reflexiones sobre la violencia*, México, Siglo XXI Editores, 2010, pp. 44–58 y Enrique Echeberúa E., «Las raíces psicológicas de la violencia» en José Sanmartín Esplugues *et al.*, *op. cit.*
- 4 José Sanmartín Esplugues, «Concepto y Tipos de violencia» en José Sanmartín Esplugues *et al.*, *op. cit.*, pp. 11–33.
- 5 Raquel Sosa, «Pobreza, violencia y seguridad pública en los años neoliberales», en Raquel Sosa (coordinador), *Sujeto, víctimas y territorios de la violencia en América Latina*, México, Universidad de la Ciudad de México, 2004, pp. 115–132; Eduardo Calleja, «Por qué la Política es escenario de violencia» en José Sanmartín Esplugues *et al.*, *op. cit.*, pp. 277–301.
- 6 Francisco Aravena, «Globalización y violencia en América Latina. Debilidad estatal, inequidad y crimen organizado inhiben el desarrollo humano» en Francisco Aravena y Manuel Mesa (coordinadores), *Pensamiento Iberoamericano*, volumen 1, número 2, 2008, pp. 3–36.
- 7 Francisco Aravena, *op. cit.* y Raquel Sosa, *op. cit.*
- 8 Francisco Aravena, *op. cit.*, p. 10.
- 9 Manuel Mesa, «Las respuestas desde los organismos internacionales» en *Pensamiento Iberoamericano*, volumen 1, número 2, España, AECID, 2008, pp. 95–124.
- 10 Francisco Aravena, *op. cit.*, p. 10; Pascual Mayarí, «Violencia y miedo urbano: reflejos de la Ciudad de México» en Raquel Sosa, *op. cit.*, pp. 179–196; Dirk Krujít, «Violencia y pobreza en América Latina» en *Pensamiento Iberoamericano*, volumen 1, número 2, 2008, pp. 55–70.
- 11 Manuel Mesa, *op. cit.*
- 12 Francisco Aravena, *op. cit.*, p. 10.
- 13 Carmen de León, «Violencia y género en América Latina» en *Pensamiento Iberoamericano*, volumen 1, número 2, 2008, pp. 71–91.
- 14 Carmen de León, *op. cit.*; Marcela Lagarde, «Violencia de género. Ley general de acceso de las mujeres a una vida libre de violencia» en José Sanmartín Esplugues *et al.*, *op. cit.*, pp. 59–91; Miguel Acosta, «Violencia contra mujeres y menores. ¿Por qué mujeres y niños son víctimas propiciatorias de la violencia en la comunidad?» en José Sanmartín Esplugues *et al.*, *op. cit.*, pp. 209–224.
- 15 Mayra Buvinic, «Un balance de la violencia en América Latina: los costos y las acciones para la prevención» en *Pensamiento Iberoamericano*, volumen 1, número 2, 2008, p. 41.
- 16 Miguel Székely, *Un nuevo rostro en el espejo: percepciones sobre la discriminación y la cohesión social en México*, Chile, CEPAL, 2006.
- 17 CEPAL, 2007, *op. cit.*
- 18 Víctor Bulmer–Thomas, *La historia económica de América Latina desde la independencia*, México, Fondo de Cultura Económica, 2010.
- 19 CEPAL, *La hora de la igualdad. Brechas por cerrar, caminos por abrir*, Chile, 2010.
- 20 Harry Truman, «Truman Inaugural Address, January 20, 1949», disponible en línea: http://www.trumanlibrary.org/whistlestop/50yr_archive/inagural20jan1949.htm.
- 21 Raúl Prebisch, *El desarrollo económico de la América Latina y algunos de sus principales problemas*, Chile, CEPAL, 1949.
- 22 Prebisch no utilizaría el término «subdesarrollo» antes de 1960.
- 23 Louis Althusser insiste que el pasado no debe leerse en términos del presente: un «futuro anterior»; el *Capital* de Marx es un producto teórico que repudia su época «hegeliana». Louis Althusser, *Para leer el Capital*, México, Siglo XXI, 1968.
- 24 Wolfgang Arndt, «Economic development: a semantic history», *Economic Development and Cultural Change*, volumen 29, número 3, Estados Unidos, University of Chicago Press, 1981, pp. 457–466.
- 25 Robert Heilbroner, *El gran ascenso*, México, Fondo de Cultura Económica, 1964.
- 26 Joseph Love, «Raúl Prebisch y los orígenes de la doctrina del intercambio desigual», *Revista Mexicana de Sociología*, volumen XLII, número 1, México, UNAM, 1980, pp. 375–405.
- 27 Wolfgang Arndt, *Economic Development: The History of an Idea*, Londres, University of Chicago Press, 1987.
- 28 En contraste con las estrategias *hacia afuera* o de exportación antes del Segunda Guerra Mundial.
- 29 Aquí podríamos aludir a la noción de «empotramiento» (embeddedness) de Karl Polanyi y los institucionalistas de la década de 1920: John Rogers Commons, Thorstein Veblen, Clarence Ayres.
- 30 Hans Singer decía: «The problem of underdeveloped countries is not just growth, but development. Development is growth plus change; people's life», citado por Wolfgang Arndt, *op. cit.*, p. 89.
- 31 Sebastian Berger y Wolfram Elsner, «European Contributions to Evolutionary Economics: The Causes of Cumulative Circular Causation (ccc) and Open Systems Approach (osa). Some Methodological and Policy Implications», *Journal of Economics Issues*, volumen XLI, número 2, 2007, pp. 529–537.
- 32 Sebastian Berger y Wolfram Elsner, *op. cit.*, p. 533.
- 33 Guillermo Gallopin, *op. cit.*, p. 21.
- 34 Guillermo Gallopin, *op. cit.*, p. 23.
- 35 Véase gráfico número 8 de Guillermo Gallopin, *op. cit.*, p. 28.
- 36 Guillermo Gallopin, *op. cit.*
- 37 Guillermo Foladori y Pierrri Naina (coordinadores), *¿Sustentabilidad? Desacuerdos sobre el desarrollo sustentable*, Colección América Latina y el Nuevo Orden Mundial, México, Miguel Ángel Porrúa, 2005.